

llos y con jinetes que cargaban á fondo á sus contrarios. Desde entonces, añade Tito Livio, la caballería romana tuvo superioridad sobre la de Capua (1).

Aníbal había vuelto á Tarento para activar el sitio de la ciudadela, y como no conocía mejor que los romanos, el arte tan bien practicado ya por los griegos, de tomar una plaza á viva fuerza, la ciudadela se resistía siempre. Procuró indemnizarse con la toma de Brindis, que le hubiera dado un buen puerto sobre el Adriático; pero fracasó también su plan. Advertido por los númidas, que habían logrado salvar las líneas romanas, de que Capua flaqueaba, volvió sobre esta plaza, y cuando sus habitantes vieron la cima del monte Tífata coronada por las tropas del invicto caudillo, se creyeron ya en salvo.

Pero en vano intentó atacar el campo atrincherado de los romanos. Tenía treinta y tres elefantes, y muertos algunos á raíz del muro, hubieron de rellenar el foso por aquella parte: era ya un puente, y una cohorte española consiguió salvarlo; pero los asaltantes fueron rechazados, como también una salida de la plaza.

Aníbal no podía vivir en aquel país agotado, ni por consiguiente permanecer enfrente de aquel campamento inexpugnable y entonces concibió el audaz proyecto de libertar á Capua penetrando en Roma aun por sorpresa.

Cinco días hacía ya que estaba á los alrededores de las legiones, y el sexto, apenas las sombras de la noche envolvieron los dos campos, cuando partió silenciosamente dejando encendidos en el suyo todos los fuegos. Precedido de sus númidas que exploraban el camino y detenían todos los correos, avanza á marchas forzadas por el Samnio (2). Las vías Apiana y Latina son muy cortas pero más frecuentadas, y quiere llegar antes de que se sepa que ha salido. O Roma indefensa sucumbirá, ó llamado Apio de Capua en socorro de la capital tendrá que aceptar la batalla en el camino; si no trae más que la mitad de sus tropas para no abandonar el sitio, más fácilmente lo derrotará el cartaginés ó lo dejará pasar para ir á forzar su campamento. En ambos casos, Capua quedará en salvo.

Todo estaba previsto en este plan; todo, menos la constancia romana.

Cuando Aníbal apareció (3), el senado no llamó ni una cohorte: el pueblo entero corrió á las murallas, y dos nuevas legiones que se ejercitaban en la ciudad, salieron audazmente á recibir al enemigo. Quisiera creer lo que Tito Livio añade: que aquel mismo día se expidió un cuerpo de caballería al ejército de España, y que el terreno en que acampaban los cartagineses, sacado á pública subasta en el foro, tuvo licitadores al precio corriente; pero el envío de los jinetes á España hubiera sido una imprudencia y la subasta una bravata para la cual no estaban de humor los romanos.

En cuanto á Aníbal, el golpe sobre Roma había fracasado. Pero sin duda venía Apio, y lo esperó cinco días,

(1) Tito Livio, XXVI, 4. No creo, como Tito Livio parece decirlo, que el cuerpo de los velites se creara entonces; creo que hubo sólo una parte de ellos enseñados á un servicio nuevo. Hasta 211 las legiones romanas no habían podido pasar sin caballería ligera.

(2) Aquí, como siempre, sigo á Polibio (IX, 2) con preferencia á Tito Livio: éste hace pasar á Aníbal, marchando sobre Roma, por la vía Latina; pero no ha comprendido sino á medias el plan de Aníbal. A la vuelta es cuando debió tomar esta vía. Por lo demás, Tito Livio reconoce que el antiguo historiador Celio Antipater hacía pasar á Aníbal de la Campania al Samnio, y añade (XXVI, 11) que no se sabe si fué á la ida ó á la vuelta.

(3) A cuatro leguas de Roma á orillas del Anio. Una vez avanzó hasta la puerta Esquilina. Silio Itálico lo presenta contemplando la gran ciudad desde lo alto de una colina.

haciendo horriblos estragos al rededor de la ciudad. Cuando según sus cálculos, debía estar Apio á la mitad del camino de Roma, precipitó su vuelta á Capua por la vía más corta (la *vía Latina*), dejando á los cónsules y á sus reclutas que se enorgullecieran de haberlo visto huir de ellos.

Pero los romanos no habían soltado su presa: Apio había permanecido en sus líneas. A lo menos se vengó en los que le seguían: una noche sorprendió su campamento y mató gran número de ellos; después huyó á Regio por no oír los gritos de desesperación de aquella ciudad que no había podido salvar.

Cuando los descendientes de los romanos de la edad heroica buscaron al rededor de la ciudad el sitio en que el terrible cartaginés hubo de acampar, no hallaron otro más propio para su ejército que el monte Albano, cuyos volcanes habían conmovido en otro tiempo toda la Italia: una pradera que desciende al cráter por debajo de *Rocca di Papa*, se conoce con el nombre de *campo de Aníbal*. Desde estas alturas (Castel Gandolfo) cubiertas de árboles ocho veces seculares, cuyos ascendientes abrigaron sin duda al héroe, pudo contemplar á sus piés la llanura latina, las siete colinas y el fuerte recinto de Servio, que ponía á aquel pueblo indomable al abrigo de sus golpes.

Dice Festo que orgullosos los romanos de que Aníbal retrocediera tan pronto y tan lejos, después de haberse atrevido á tanto, levantaron delante de la puerta Capena un templo al dios Ridículo. Vense efectivamente á las inmediaciones del circo de Caracalla algunas ruinas que llevan este nombre. Pero el *deus Rediculus*, no fué al principio, sino el dios que lleva atrás, *redire*. Los romanos no se reían de Aníbal.

Capua abrió sus puertas (211) y el castigo fué terrible. Antes de que entraran los romanos, reunidos treinta senadores en casa de uno de ellos, Vibio Virrio, se hicieron preparar un festín con el falerno y las demás provisiones que quedaban del sitio. A la última copa se despidieron para siempre: estaba envenenada. Los demás senadores contaban con la generosidad de los romanos, y Tito Livio afirma que el senado había decidido perdonarlos, pero que el prócsul previno al mensajero, portador de la buena noticia, y ordenó la ejecución antes de abrir el despacho. Es conocer mal la dureza de los romanos y las costumbres del tiempo: los capuanos iban á sufrir lo que los enemigos habrían sufrido si hubieran caído en sus manos. Setenta senadores fueron decapitados.

Al acabar la ejecución, dice el historiador, el campaniense Jubelio Taurea se acerca á Fulvio y le dice en alta voz: «Puesto que estás tan sediento de nuestra sangre, ¿por qué no me hieres con tu hacha para que puedas jactarte de haber dado muerte alguna vez á un hombre más bravo que tú? — Lo haría de muy buena gana, contestó Fulvio; pero un decreto del senado se opone á ello. — Pues bien, yo reputo Jubelio, voy á hacer lo que tú no harías, falto de valor. Y en diciendo esto degolló á su mujer, á sus hijos y después se dió á sí mismo la muerte.

Trescientos nobles fueron condenados á cadena, vendido todo el pueblo, y la ciudad y su territorio declarados propiedad romana. Algunos senadores hubieran querido borrar hasta el último vestigio de una ciudad, que había pensado en la dominación de Italia. Atela y Calacia sufrieron la misma suerte. Ya no habitarán en mucho tiempo estos fértiles campos, sino pobres labradores ó arrendatarios y esclavos de la nobleza romana; ni en los sitios en que se alzaban florecientes ciudades, se conocerá ya lo que hizo el orgullo y la alegría de los antiguos: la vida municipal. Ni curia, ni magistrados, ni asamblea pública: la rica y gloriosa

Capua quedó reducida á ser un albergue de labradores, *receptaculum aratorum*, un depósito de cosechas, *locus condendis fructibus*. Todos los años llevará un pretor á ella la ley y la voluntad de Roma. Tal era el derecho de la guerra antigua. Hacía muchas víctimas, pero hacía también las resistencias indomables y el patriotismo ardiente, fiero, de un Jubelio Taurea.

Los hijos de algunos senadores sacrificados en Capua intentaron vengar á sus padres y á su patria, y la víspera de una fiesta de Minerva pegaron fuego á Roma en muchos puntos del foro. El incendio duró un día y una noche extendiéndose en la ciudad, que hubiera ardido entera, si un

esclavo no hubiera denunciado la conjuración y hecho prender á los incendiarios. Con esto se prohibió la entrada en Roma á todos los naturales de la Campania.

El año siguiente (210) fueron difíciles las levas: ya en 213 fué menester enviar comisarios á los países de los aliados para reclutar mozos en estado de tomar las armas. Esta vez no pudieron reunirse más que veintiuna legiones, y para equipar la flota de Levino, destinada á Sicilia, hubieron de llevar los senadores al tesoro todo lo que poseían en oro, plata y bronce.

Era uno de los nuevos cónsules Marcelo, el cual á su vuelta de Sicilia con los despojos de Siracusa, había solici-



Templo del dios Ridículo ó Rediculus (Rediculus) (1)

tado el triunfo y sólo obtenido la ovación. Este año esperaba resultados más gloriosos. «El que ha sabido vencer á los cartagineses después de su victoria de Canas, escribía al senado, no dejará que ese hombre se jacte mucho tiempo de sus triunfos.»

Marcelo se estrenó felizmente recobrando á Salapia, cuya guarnición cartaginesa, compuesta de quinientos númidas, fué pasada á cuchillo. Al mismo tiempo hacía otro tanto Aníbal, á los alrededores de Herdonea, con un pretor y trece mil legionarios: era la segunda vez que vencía á los romanos delante de esta plaza. Parecía que hubiera debido respetar este vivo testimonio de sus dos victorias; pero sus habitantes habían llamado á Fulvio, y él también quería dar una ejemplar lección á los desafectos; los partidarios de los romanos fueron pasados á cuchillo, los demás ciudadanos trasportados á Turio y Metaponto, y arrasada la ciudad. Marcelo corrió á él hasta Numistro, y á pesar de sus promesas el combate quedó indeciso. Sin embargo el ejército romano quedó dueño del campo de batalla y pudo quemar sus muer-

tos, lo que permitió á los romanos hablar de este hecho de armas como de una victoria. Un escritor posterior, menos preocupado que Tito Livio de la gloria de las familias romanas y del honor de Marcelo, dice que Aníbal supo situarse entre dos caminos hondos que cubrían sus dos alas y que obligó al cónsul á tocar retirada.

Una escuadra que intentaba abastecer la ciudadela de Tarento fué destruída también; mas no por eso los valientes encerrados en ella cejaron en su heroica resistencia, y con salidas felices tenían á la muelle ciudad en continuas inquietudes.

La situación pues era la misma. Sin embargo, Roma se iba levantando lentamente, mientras nada había compensado á Aníbal la pérdida de Capua y de Sicilia. Escipión reorganizaba en España el ejército romano, y los cartagineses, expulsados del Samnio y de la Campania, no tenían una buena plaza fuerte donde apoyarse, ni su terrible caudillo era protegido fuera del recinto de su campamento, sino por el espanto que sólo su nombre inspiraba á sus contrarios.

El año 209 trajo al Temporizador al consulado. Mientras su colega Fulvio cubría en Benevento la Campania y el Samnio, mientras la guarnición de Regio atraía al extremo del Brucio la atención de los tenientes de Aníbal y Marcelo mis-

(1) Dios que inventaron los romanos en la segunda guerra púnica. El templo es restauración de M. Thomas (1848). Escuela de Bellas Artes.

mo lo atajaba en Canosa con tres combates en tres días, corrió Fabio rápidamente á Tarento y coronaba dignamente su gloriosa vida militar con el recobro de esta plaza.

Tarento fué tratada como Capua: treinta mil de sus ciudadanos fueron vendidos, y Fabio hizo ingresar en el tesoro tres mil talentos. Aquel mismo año entraba Escipión en Cartagena.

El senado practicaba ya la política resumida por el poeta... *parcere subjectis et debellare superbos*: Tarento y Capua fueron rudamente castigadas en razón de su importancia; pero el terrible ejecutor de las órdenes del senado contra Capua, Fulvio, recibía con benevolencia á los hirpinos, á los lucanios, á los volcentes, contentándose con reprimirlos bondadosamente por la falta que acababan de ejecutar. Queríase alentar á la traición (1); aquellos pueblos habían en-



Fauno y Tutano (2)

tregado las guarniciones cartaginesas de sus ciudades, y con esta hábil moderación, por poco no gana Fulvio todo el territorio de los Abruzos.

El año siguiente (208), Marcelo, otra vez cónsul, y su colega Crispino, se creyeron en estado de batir á Aníbal, que no poseía ya en Apulia ninguna plaza fuerte; pero el astuto cartaginés les tendió un lazo, y en un reconocimiento pereció Marcelo con los principales oficiales del ejército. «¡Bravo soldado! exclamó Aníbal en presencia de su cadáver; pero pobre capitán.» Sin embargo, le hizo pomposos funerales y puso en la urna que encerraba sus cenizas una corona de oro, que envió más tarde al hijo de su antiguo adversario. Crispino, gravemente herido, tuvo tiempo de advertir á las ciudades inmediatas que, poseedor Aníbal del anillo de Marcelo, trataría de sorprenderlas. La precaución fué oportuna, y en una tentativa sobre Salapia, hubo de perder Aníbal seiscientos hombres, pero hizo levantar el sitio de Locres, que habían emprendido los romanos, esta vez con máquinas de guerra suministradas por los griegos de Sicilia.

Pero los aliados de Roma se cansaban de esta larga y sangrienta guerra. Hacía ya once años que Aníbal estaba en

(1) Así, el senado había conferido el derecho de ciudadanía al libio Mutino y al español Meric, que había entregado la Acradina. Se vuelve á encontrar a Mutino mandando la caballería númida y los elefantes en el ejército de los Escipiones contra Antioco en 190. (Tito Livio, XXXVIII, 41.)

(2) *Deus Rediculus*. Doble Hermes, llevando reunidas la cabeza de Fauno coronado de hiedra y la de Mutino Tutano alada y diademada. Gabinete de Francia, núm. 3277.

Italia, operando con escasas tropas entre catorce legiones, burlándose de los más hábiles generales, y tan libre en sus movimientos en medio de tantos ejércitos y plazas enemigas, como si los romanos hubieran estado escondidos detrás de sus murallas. Sus victorias no habían podido levantar contra ellos á Italia ni triunfar de su constancia; pero la de los aliados flaqueaba ya. Si las belicosas poblaciones del centro no hacían oír ningún murmullo, al Norte, los etruscos y los úmberos amenazaban con una defección.

Era pues preciso asegurarse del senado de Arretium y que fuera allá un ejército á tener á raya á aquellos pueblos. En la misma Roma el número de los ciudadanos había bajado de 270,000 á 137,000 (3). Faltaba dinero para la flota y el ejército; pero todos rivalizaron en patriótica generosidad, y el senado se resolvió á echar mano de las economías conservadas para las necesidades supremas. El *aurum vicesimarium*, ó el $\frac{1}{20}$ del precio de los esclavos emancipados, había producido desde el plebiscito de 357, en que se estableció este impuesto, una suma de 4,000 libras de oro, la cual valdría hoy 4.300,000 francos, pero entonces valía mucho más. A los talentos políticos y militares que hicieron triunfar á Roma, hay que añadir la prudente previsión del pueblo más administrador de la antigüedad, que de tan lejos había preparado este recurso para los días de gran penuria. Doce colonias acaban de declarar que no tenían ya soldados ni dinero, y el senado sin fuerza contra ellas, se había guardado bien de hacer público el asunto. Por fortuna otras diez y ocho dieron todo lo que se les había pedido. Esta abnegación, dice Tito Livio, salva á Roma otra vez.

Sus nombres merecen un recuerdo y Roma debió grabarlos con letras de oro en los muros del Capitolio. Eran las ciudades que habiendo sufrido más de cerca los males de la guerra, deseaban con más ardor su término: Signia, Norba, Saticula y Fregelas, en el Sur del Lacio; Cosa, Pestum y Poncia, en el mar Tirreno; Luceria y Venusia, en la Apulia; Benevento, Esernia y Espoleto, en el Samnio; Brindis, Hadria, Firmum y Arimino, que situadas á orillas del Adriático, temían á los piratas cartagineses; en fin, las colonias del Po, Cremona y Plasencia, cuya existencia sólo Roma podía asegurar.

Las que habían negado su concurso, estaban casi todas, más cercanas á Roma: Nepete, Sutri, Carseoli y Narnia al Norte; Alba, Ardea, Sora, Suesa, Circei, Interamna, Setia y Cales al Sur.

En el momento en que se manifestaban entre los aliados latinos señales amenazadoras de cansancio, estaba Roma expuesta á peligros mayores que todos los que hasta entonces había corrido. P. Escipión, vencedor en España, había dejado escapar á Asdrúbal y este avanzaba por los Alpes con un ejército aumentado en el camino con numerosos mercenarios galos. Advertido por el rumor público, reunió Aníbal todas sus guarniciones dispersas en el Brucio, y marchó por la Apulia á recibir á su hermano.

En Roma, para hacer frente al peligro, se anuló la exención de que gozaban las colonias marítimas, se llamó á los voluntarios cumplidos ó licenciados (*volones*) y se hicieron venir de Sicilia y de España muchos cuerpos escogidos: Escipión envió diez mil hombres de á pie y mil jinetes, y el pretor de Sicilia, cuatro mil entre arqueros y honderos. Ago-

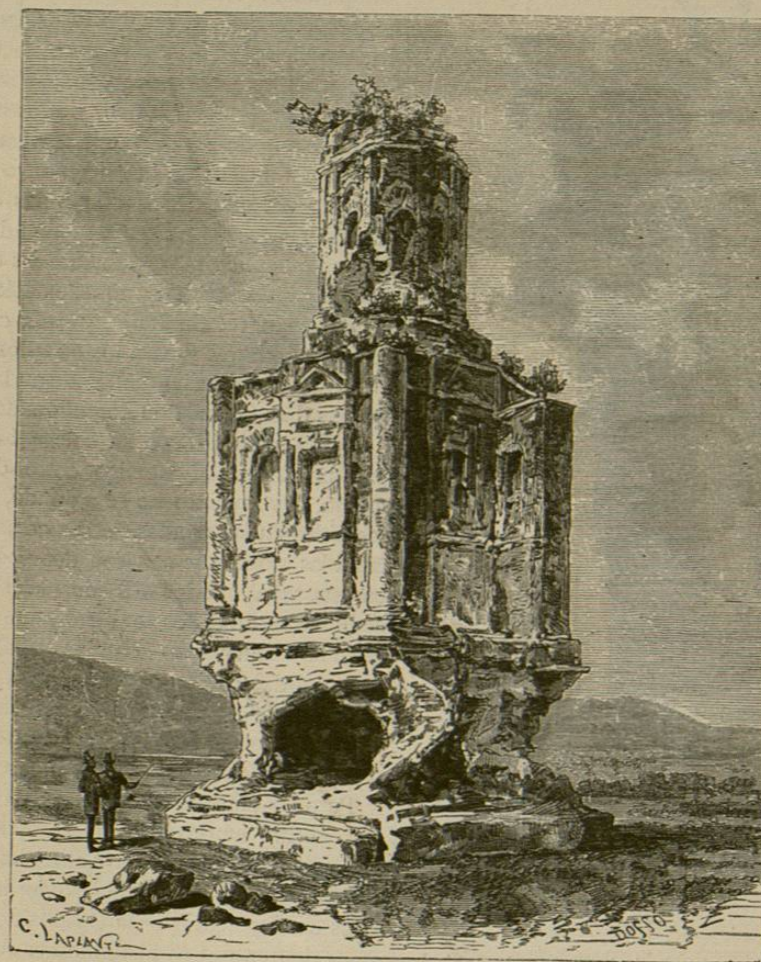
(3) Este número es probablemente falso, porque los censores siguientes hallaron 214,000 ciudadanos (Tito Livio, XXIX, 37). La población disminuye menos de lo que se piensa durante las grandes guerras. En 1791 la población de Francia era 26.343,074, según el comité de la Constituyente, y en 1815, después de veinticinco años de combates, hubo de aumentarse en tres millones y alcanzando la cifra de 29.226,000, según el empadronamiento oficial.

tando todos los recursos llegaron á reunir los cónsules hasta cien mil legionarios, y un campo fortificado delante de Narnia cerró además el camino de la Umbría á Roma (207).

De los dos cónsules, el uno, C. Claudio Nerón, no se había señalado aún por grandes hazañas: había servido á las órdenes de Marcelo y tenía su hirviente sangre con una audacia rayana á la temeridad; el otro, Livio, condenado ocho años antes, al salir del consulado, por uno de esos juicios populares que el espíritu de facción inspira, había abandonado á Roma y vivido en el campo, como solitario irritado, deplorando las desgracias de su ingrata patria, pero rehusándole la ayuda de su brazo y experiencia. Los censores

triumfaron al fin de aquel dolor obstinado: lo obligaron á cortarse la lengua barba, á despojarse de su luctuoso traje y á volver á ocupar su puesto entre los senadores, que le impusieron un segundo consulado. Nerón y Livio eran enemigos; pero el peligro público y los ruegos de los senadores los reconciliaron.

A la proximidad de los grandes acontecimientos que el año 207 iba á traer, hubieron de multiplicarse los funestos presagios: la misma ansiedad de los ánimos los hacía ver por donde quiera. En Cere, había entrado un buitre en el templo de Júpiter; en Cumas, habían roído los ratones los ornamentos de oro de la divina estatua; el lago de Volsena



Antiguo sepulcro, llamado de la Canocchia, cerca de Capua (1)

había arrastrado sangre: cayeron piedras del cielo, y el rayo hirió los templos de los dioses, los muros y puertas de la ciudad. Una matrona hubo de dar á luz un monstruo, y los augures llamados de la Etruria para conjurar este prodigio fatal, declararon que el monstruo no debía tocar la tierra, sino que debía encerrarse vivo en una arquilla y arrojarse lejos de la playa en el profundo mar.

Fué á lo menos el único sacrificio humano que esta vez exigió la superstición; y como si un soplo de la Grecia hubiera pasado por Roma, coros de doncellas, cantando por la ciudad versos compuestos por el poeta Andrónico, cumplieron las expiaciones.

«Después de un puro y casto sacrificio ofrecido por las matronas, se salió del templo de Apolo: dos blancas terneras abrían la marcha y detrás de ellas llevaban dos estatuas de Juno Regina, de madera de ciprés. Seguían luego veintisiete doncellas vestidas de rozagantes túnicas y cantando en

honor de la diosa himnos sagrados. Los decenviros (2), coronados de laurel y vestidos de pretexta, seguían el coro de las vírgenes. Desde la puerta Carmental se trasladó el cortejo al foro, donde las doncellas ejecutaron las danzas sagradas, cuya cadencia regulaba el canto.» (Tito Livio.)

Entre tanto, procuraba Aníbal pasar por en medio de los tres ejércitos romanos que, de Capua, Venusia y Tarento, le cerraban el camino de la alta Italia. Nerón había mandado muchas veces la caballería de un ejército consular: sabía reconocer y armar emboscadas; cerca de Grumento tendió á los cartagineses un lazo, en que cayó el jefe, como Aníbal podía caer ahora. Fué una ventaja para los romanos, pero no una victoria. Después de haber retrocedido hasta Metaponto, volvió Aníbal á tomar posición cerca de Canosa, á las inmediaciones del teatro de su más brillante

(1) Biblioteca Nacional, gabinete de estampas.

(2) *Decenviri sacris faciundis*. Bajo su custodia estaban los libros sibilinos.

victoria y esperó en un campo atrincherado los mensajeros de su hermano Asdrúbal.

Este había atravesado felizmente los Alpes y se encontraba en la Cisalpina á la cabeza de cincuenta y dos mil combatientes á los cuales se incorporaron ocho mil ligures. En vez de precipitar su marcha para conducir á su hermano sus sesenta mil hombres, detúvose en el sitio de Plasencia. Cuando reconociendo su falta y la imposibilidad de tomar



Apolo del Vaticano (1)

esta plaza, quiso avanzar hacia la Umbría, era ya demasiado tarde: Livio le cerraba el paso y Nerón acampaba enfrente de Aníbal.

Asdrúbal había despachado seis jinetes nómadas y galos con cartas para su hermano; pero cayeron en las avanzadas de Nerón. Se había ya dado tanto á la prudencia, que Nerón estuvo tentado á pedir la victoria á la audacia, y en efecto, tomó la resolución más atrevida de aquella guerra, la de abandonar su campamento á vista de Aníbal y conducir á su colega diez mil de sus mejores soldados.

Este plan no era tan temerario como se pudiera creer. A consecuencia de dos amagos, acababa de hacer Aníbal desde el golfo de Tarento á orillas del Ofanto, una serie de marchas y contramarchas durante las cuales no había podido sorprender á su enemigo en fragante delito de negligencia ó falsa maniobra: estaba pues condenado á su vez á la prudencia. Un campamento romano no se forzaba fácilmente, y el cartaginés tan hábil en campo raso, no sabía tomar á viva fuerza una trinchera sólida. Nerón contaba con que los suyos, aunque privados de la mejor gente que se

(1) Estatua del Museo Pio-Clementino.

llevaba, resistirían hasta su vuelta. Después de todo, dejaba allí soldados que habían visto huir á Aníbal, armas, provisiones y una grande esperanza.

Para llegar al otro ejército, debía primero atravesar la llanura que se extiende del Ofanto al Frento, entre la cadena apenina y la enorme masa del monte Gargano: era el punto difícil de la operación. Pero en medio se encontraba la plaza fuerte de Luceria en que se podía apoyar la expedición, caso necesario; más allá, entraba en país amigo, adonde el cartaginés no se había atrevido á penetrar desde la batalla de Canas. Bastaba pues ocultar al enemigo una marcha ó dos para que el cuerpo expedicionario, como el campamento, estuviera seguro.

Nerón advirtió al senado su designio y ordenó á las dos legiones de la ciudad que fueran á ocupar la fuerte posición de Narnia, que cierra el valle del Tíber; á la legión de Campania que volviera á Roma, y á los habitantes del país por donde había de pasar, que le tuvieran dispuestos víveres y carros. El rumor de que un nuevo y formidable ejército africano iba otra vez á traer á sus campos el incendio, la muerte y la esclavitud tenía espantados los corazones, y con esto se cumplieron exactamente las órdenes del cónsul. Salían las gentes á recibir á aquellos soldados en quienes veían á los salvadores de Italia, y cada cual traía lo que poseía para los hombres y para los caballos: de manera que nada entorpeció la marcha, habiendo andado los expedicionarios en seis días (2) más de 400 kilómetros (3).

Nerón se reunió con su colega á orillas del Metauro, y para no alarmar al enemigo, entró de noche en el campamento, cuyo recinto no se agrandó, y sus soldados fueron recibidos en las tiendas de sus camaradas. Mas por la mañana las trompetas sonaron dos veces: Asdrúbal reconoció en esta señal que los dos cónsules se habían reunido, y sus centinelas avanzados le dijeron que en el campamento enemigo se veían viejos escudos, caballos enflaquecidos, rostros curtidos como por una marcha reciente. Asdrúbal cree vencido ó acaso muerto á su hermano y reunidas contra el todas las fuerzas romanas; y en esta creencia emprende la fuga, sus guías lo extravían y luego lo abandonan.

Pero los cónsules lo alcanzan y tiene que aceptar la batalla en un campo desfavorable para él. Nerón, á quien diez años de combates contra Aníbal han iniciado en la táctica cartaginesa, envuelve el ala izquierda de Asdrúbal, acuchilla á los galos y ataca por la espalda á los españoles, que Livio ataca de frente. Los historiadores de Roma que vieron con razón en esta batalla las represalias de la derrota de Canas, afirman que de todo aquel ejército no quedó un hombre á vida. «Cincuenta y seis mil, dicen, cayeron con su caudillo, que digno hijo de Amílcar, se lanzó á lo más recio y peligroso del combate, cuando vió pasar la victoria á los romanos.»

La misma noche que siguió al combate partió Nerón al punto de partida y el día 13.º entraba en su campamento (207). El éxito lo había justificado. La cabeza de Asdrúbal arrojada á las trincheras enemigas, hizo saber á Aníbal la ruina de sus últimas esperanzas. «Reconozco aquí, se le hace decir amargamente, la fortuna de Cartago.» La fortuna no tenía que hacer nada en aquel acontecimiento: él solo había faltado á su genio descuidando la vigilancia.

Mientras Nerón ejecutaba esta audaz marcha, estaba

(2) Acaso en 7, porque echó 6 en volver, y Tito Livio asegura que á la vuelta marchó más aprisa, *citatiore quam inde venerat agmine* (XXVII, 50).

(3) Hay 285 millas romanas ó 422 kilómetros entre el Metauro y Canosa, lo que hace poco más ó menos 70 kilómetros, ó sean 17 $\frac{1}{2}$ de nuestras leguas comunes por cada una de las seis etapas.

Roma en la mayor ansiedad: las matronas llenaban los templos y fatigaban á los dioses con sus ruegos y súplicas; los senadores no abandonaban la curia, ni los ciudadanos el foro. Parecía que todos los peligros corridos hasta entonces eran nada en comparación de este peligro supremo: hasta que al fin dos jinetes trajeron la fausta noticia de la gran victoria. Todavía se dudaba, pero muy luego llegó una carta del mismo campamento. El mensajero quería entregarla al pretor y penetrar en el senado; la multitud lo detiene y arrastra á la tribuna; pero los magistrados intervienen, y aquellos hombres tan respetuosos de las antiguas costumbres nacionales, así en las alegrías como en sus tristezas y enojos, sacrifican su legítima impaciencia.

La carta se leyó primero á los padres concriptos y después al pueblo; pero solamente anunciaba la llegada de los tres enviados consulares que habían asistido á la batalla. Todos se precipitaron á recibirlos hasta el puente Milvio; síguenlos al foro, á la curia, y desde lo alto de la tribuna refieren minuciosamente el grande acontecimiento. Cuando dicen el número de enemigos que cayeron en el campo de batalla, que cayó también Asdrúbal su caudillo y que Nerón arrojó su cabeza á las trincheras de Aníbal, les contestó un grito inmenso de entusiasmo. Después unos corren á los templos á dar gracias á los dioses; otros á sus casas á repetir á las mujeres, á los niños, á los ancianos, á todos los que no han podido oír la fausta nueva, que Roma está definitivamente á salvo y el cartaginés vencido.

Refugiado en el Brucio (Calabria), mantúvose allí Aníbal cinco años todavía, hasta que Escipión lo arrancó

de su madriguera inexpugnable, poniendo sitio á Cartago.

Para comprender cómo pudo Aníbal sostenerse tanto tiempo en aquel país, es preciso conocer su conformación. «La península de Calabria es montuosa y muy accidentada... El Apenino se alza allí en bruscas escarpas hasta por encima de la zona de los bosques. El monte Polino, desde donde se dominan los dos mares de Jonia y Eolia, es más alto que el Matese y demás eminencias del territorio napolitano; el grupo cuyo centro ocupa, corta la península en toda su latitud, de uno á otro mar, y se prolonga á orillas de las aguas occidentales en un muro de rocas más abruptas aún que las de Liguria y mucho más inaccesibles á causa de la absoluta falta de caminos. Al Sur se abre en pintorescos valles cubiertos de bosque, adonde los habitantes van á recoger del tronco de los fresnos el maná medicinal, que envían luego á todos los países del mundo. El profundo valle del Cratis limita al Sur y al Este este primer macizo y lo separa de otro menos elevado, pero de base más extensa. Es el Sila, cuyas rocas de granito y de esquisto, de origen mucho más antiguo que los Apeninos, guardan aún el adorno y podría decirse el horror de sus grandes bosques. Al Sud del Sila se eleva el tercer macizo, bien llamado Aspromonte; enorme mole apenas recortada en cimas distintas, pero surcada en todo su contorno por hondos barrancos, por donde se precipitan en el invierno furiosos torrentes. El áspero monte, cubierto aún de bosque, ostenta en el mar Jonio sus promontorios con penachos de palmeras y desaparece en fin bajo las ondas en la punta designada por los marinos con la denominación de *Spartivento* (1)».

CAPITULO XXV

FIN DE LA SEGUNDA GUERRA PUNICA

I. — OPERACIONES EN ESPAÑA (218 — 205)

Lo que Aníbal había intentado en Italia hicieron en España los tres Escipiones: en 207 eran los romanos dueños de casi toda esta península. Pero hay que tomar los hechos de más atrás.

Cuando Cornelio Escipión se vió precedido por Aníbal en el paso del Ródano, dió á su hermano Cneo sus dos legiones para ocupar el país entre el Ebro y los Pirineos, que recién sometido y aliado de Roma, había de mostrar sin duda disposiciones favorables. Marsella que había cubierto esta costa con sus factorías, hubo de secundar á Escipión con todas sus fuerzas, y la habilidad de sus pilotos lo hizo al principio dueño de la mar. Una sola batalla ganada cerca de Scissis, rechazó á los cartagineses allende el Ebro (218), y la destrucción de la flota de Asdrúbal en la desembocadura de este río permitió á los romanos devastar la costa hasta el estrecho (217). Estos primeros triunfos originaron defecciones en todas partes: ciento veinte ciudades se entregaron á los romanos, y los celtíberos, el más bravo y numeroso pueblo de España, batiéron dos veces á Asdrúbal con sus propias fuerzas. Hasta en la Bética hubo sublevaciones, sobre todo cuando los romanos, después de haberse apoderado de los rehenes españoles retenidos en Sagunto, los enviaron con honor á sus ciudades.

(1) E. Reclus. *Nouv. Géograph. univers.* (t. I, p. 485-86.)

Al salir del consulado fué Cornelio á reunirse con su hermano con ocho mil hombres y treinta naves, y fuertes por su unión y por su destreza, rechazaron á Asdrúbal lejos del Ebro, cuando después de la batalla de Canas, lo llamó Aníbal á Italia. Cuatro victorias, la toma de Cartulón y de Sagunto, consolidaron los primeros triunfos (215), y un sueldo ofrecido á la juventud celtíbera hizo acudir bajo sus estandartes á numerosos auxiliares (214).

Pero en España como en Italia, la naturaleza del país erizado de montañas y de plazas fuertes eternizaba la guerra. Cansados los Escipiones de correr del Ebro á la Bética, pensaron en sublevar el Africa para impedir los socorros que recibían sus contrarios, y tres centuriones enviados á Sifax, rey de la Numidia occidental, lo atrajeron á la alianza romana, disciplinaron sus tropas y le hicieron ganar una victoria sobre los cartagineses en 213. Estos triunfos se volvieron contra ellos: Cartago se espantó viéndose ella misma amenazada; un numeroso ejército conducido por Masinisa, hijo de otro rey nómada, batió á Sifax, lo expulsó de sus Estados y pasó á España, de donde había ido el peligro.

Amenazados los Escipiones por tres ejércitos vieron á los suesetanos y á los celtíberos volverse también contra ellos; y para hacer frente á tantos enemigos hubieron de separarse los dos hermanos. Esta fué la causa de su perdición: atacados uno tras otro y envueltos por fuerzas superiores, ambos á dos sucumbieron (212). Sin embargo, deben compartir con Fabio la gloria de haber salvado á su patria, y la gratitud